

rido por medio de la mujer, hasta el extremo de que se negaba ésta por las noches cuando el anciano príncipe rehusaba firmar ó comprometerse más en una aventura, en la que, desde el principio, había olfateado el peligro.

Prada ganó de una manera muy inteligente los millones que hoy se come.

En cuanto á la bella Flavia, llegada á la madurez, ya debéis saber que, después de haber librado una pequeña fortuna del desastre, renunció galantemente á su título de princesa Boccanera para comprar á un real mozo, un segundo marido, esta vez mucho más joven que ella y del que hizo un marqués de Montefiori, el cual la sostiene en alegría y opulenta belleza, á pesar de sus cincuenta bien cumplidos.

En todo esto no hay más que una víctima y es nuestro buen amigo Darío, completamente arruinado y decidido á casarse con su prima, que no es mucho más rica que él.

Es tan cierto que ella le quiere y que él es incapaz de no amarla tanto como ella á él; pues de no ser así, habríase ya casado con alguna americana, con alguna heredera de esas que tienen muchos millones, porque lo mismo han hecho otros príncipes, esto á no ser que el cardenal y *donna* Serafina se hubiesen opuesto, porque esos dos son también héroes á su manera; romanos orgullosos y testarudos, que creen deben conservar su sangre libre de toda alianza extranjera.

En fin, confiemos en que el buen Darío y esa preciosa Benedetta serán felices juntos.

Callóse, y luego, después de dar algunos pasos en silencio, siguió diciendo en voz más baja:

—Tengo un pariente que pescó cerca de tres millones en el negocio de la villa Montefiori. ¡Ah! ¡Cuánto me pesa no haber estado aquí en aquellos tiempos heroicos del agio! ¡Qué divertido debía ser aquéllo y qué buenas jugadas habría podido hacer un jugador de sangre fría!

De pronto, y al levantar la cabeza, vió ante sí el nuevo barrio de los Prados del Castillo; su rostro cambió de expresión, volvió á tener el alma artista, indignada contra las abominaciones que habían cometido mancillando la Roma papal.

Palidecieron sus ojos y su boca expresó el amargo desdén del soñador herido en su pasión hacia los siglos desaparecidos.

—¡Ved eso! ¡Contempladlo! ¡Oh ciudad de Augusto! ¡Oh ciudad de León XI! ¡Ciudad del eterno poder y de la eterna belleza!

Pedro, en efecto, quedóse también enajenado. En aquel lugar extendíanse en otro tiempo las praderas del castillo de Santángelo, en las que crecían algunos álamos á todo lo largo de las orillas del Tíber; las praderas llegaban hasta las primeras pendientes del monte Mario y eran muy estimadas de los artistas que hacían con ellas un primer término de paisaje cuando pintaban el Borgo y la lejana cúpula de San Pedro.

Y á la sazón, en medio de aquella llanura trastornada, leprosa y blanqueza, veíase una ciudad entera, una ciudad de casas macizas, colosales, de cubos de piedra regulares todos semejantes, con calles anchas cortándose en ángulos rectos; un inmenso tablero de ajedrez con sus simétricos cuadros.

De un extremo á otro reproducíanse las mismas fachadas, de tal manera, que se habría dicho que eran hileras de conventos, cuarteles ú hospitales cuyas líneas idénticas se continuaban sin fin.

Y el asombro, la impresión extraordinaria y penosa que aquello producía, procedía de la catástrofe, inexplicable desde luego, que inmovilizara aquella ciudad en plena construcción, lo mismo que si alguna mañana maldita un genio del desastre hubiese, con un golpe dado con su varita, suspendido los trabajos, ahuyentando los bulliciosos albañiles y dejado las edificaciones tales cuales se hallaban en aquel momento preciso en su lúgubre abandono.

Todas las fases sucesivas por que pasa la edificación, hallábanse allí reunidas, desde los terraplenes y los huecos para los cimientos, restos sinuosos que la hierba había llenado, hasta las casas completamente concluidas y habitadas.

Había casas cuyas paredes apenas salían del suelo; otras que llegaban hasta el segundo piso, el tercero; algunas con

su entramado de vigas de hierro al descubierto y sus ventanas abiertas al aire libre.

En cambio, otras estaban cubiertas con sus techos, pero semejantes á enormes osamentas abiertas á todos los vientos y semeándose á inmensas jaulas vacías.

Tras éstas venían las terminadas; pero á las que por falta de tiempo no se había podido revocar los muros exteriores y otras que se habían quedado sin poderlas poner puertas y ventanas.

Otras en cambio, tenían puertas, persianas y ventanas, pero clavadas, cual si fuesen tapas de féretro cubriendo aquellas varias habitaciones en las que no había ni un alma.

Estaban habitadas otras, en parte algunas, por completo pocas, animadas por la más inesperada de las poblaciones.

Nadie es capaz de dar idea de la lúgubre tristeza de esas cosas; la ciudad de la hermosura del bosque, durmiendo herida por un letargo mortal antes de haber vivido, aniquilándose en aquel pesado sueño esperando un despertar que no debía llegar jamás.

Siguiendo á su compañero, internóse Pedro en largas y desiertas calles que tenían la inmovilidad y el silencio de las de un cementerio, pues por ellas no pasaba ni un coche ni un transeunte.

Muchas de ellas ni siquiera tenían arroyo ni aceras, invadiéndolo todo la hierba y llenando los huecos sin empedrado, de la misma manera que habría podido suceder en un campo que volviese al estado de Naturaleza.

Sin embargo de esto, hacía muchos años que había por allí mecheros de gas, pero no eran más que tubos de plomo sujetos á un pie derecho.

A los dos lados los propietarios habían cerrado herméticamente con tablas todos los huecos de los cuartos bajos y de los pisos superiores, para no tener que pagar el impuesto sobre puertas y ventanas.

Otras casas, apenas empezadas, estaban cerradas con empalizadas por el temor de que las cuevas no se convirtiesen en asilo de todos los bandidos del país.

Pero lo que más desolaba, eran las ruinas jóvenes, altos y soberbios edificios, no concluidos aún, ni siquiera revocados, que no habían podido vivir aun su vida de gigantes de piedra y que, por el contrario, agrietábanse por todas partes, por lo cual había sido necesario apuntalarlos por sus costados con complicados andamiajes y evitar de esa manera que se derrumbasen al suelo convertidos en polvo.

Oprimíase el corazón lo mismo que en una ciudad á la que un azote asola barriendo á los habitantes; era lo mismo que si por allí hubiese pasado la peste, la guerra ó un bombardeo cuyas huellas parecía se conservaban en aquellas inmensas vacías osamentas.

Después, al ocurrirse la idea de que todo aquello era un nacimiento abortado y no una muerte, se aumentaba, agrandándose la melancolía, desbordándose de ella una infinita humana desesperación, al pensar que la destrucción iba á hacer su obra antes de que los soñados habitantes, en vano esperados, hubiesen llevado la vida á esas mansiones que nacieron muertas.

Había además en todo aquello la cruel ironía de que en cada esquina y con magníficas lápidas de mármol, se indicaba el nombre de la calle, nombres ilustres tomados de la Historia, como de los Gracos, Scipión, Plinio, Pompeyo, Julio César, que resaltaban sobre aquellas paredes sin concluir y tambaleantes como una irrisión, como un bofetón del pasado dado á la impotencia moderna.

A Pedro le llamó la atención esa verdad de que, cualquiera que posea á Roma, se siente en seguida devorado por la locura del mármol, por la vanidosa necesidad de edificar y dejar su nombre en un monumento de gloria que contemplarán los pueblos futuros.

Después de los Césares apilando sus palacios en el Palatino, después de los papas reconstruyendo la Roma de la Edad Media y timbrándola con sus armas, se presenta el Gobierno italiano que no ha podido ser dueño de la ciudad sin proponerse en seguida reconstruirla más esplendente y enorme que lo había sido nunca.

Era esta la sugestión misma del suelo, era la sangre de Augusto que de nuevo se agolpaba al cráneo de los últi-

mamente llegados, impulsándolos á la demencia y sugiriéndoles la idea de hacer de la tercera Roma, la nueva reina de la tierra.

Y de ahí los proyectos gigantescos, los muelles ciclópeos, los simples ministerios luchando en magnitud con el Coliseo; de ahí esos barrios nuevos con inmensos case-rones surgidos alrededor de la ciudad antigua, como otras tantas más pequeñas.

Se acordaba de la cintura yesosa que de la cúpula de San Pedro había visto rodeando los viejos techos retostados por el sol y que desde lejos semejábanse á una gran cantera abandonada, porque no era sólo en las inmediaciones del castillo de Santángelo, sino que eso mismo que allí pasaba repetíase en la puerta de San Juan, en la de San Lorenzo, en la villa Ludovisi, en las alturas del Viminal y del Esquilino, en donde los barrios nuevos empezados y á medio edificar, se venían abajo sembrando de escombros la hierba de las desiertas calles.

Aquella vez, después de una fertilidad asombrosa que había durado dos mil años, dijérase que el suelo se agotó al fin, y que la piedra de los monumentos se negaba ya á arraigar allí.

Del mismo modo que en los huertos muy antiguos, cuando se replantan los ciruelos y los cerezos se secan y mueren, de igual modo las paredes nuevas no encontraban savia que chupar en aquel viejo polvo de Roma, empobrecido por la vegetación secular de un número tan grande de templos, circos, arcos de triunfo, basílicas é iglesias.

Y los edificios modernos que habían intentado fructificar de nuevo, las casas demasiado grandes é inútiles, henchidas de hereditaria ambición, no habían podido llegar á madurez; elevando las medias fachadas, que agujereaban las numerosas ventanas, sin fuerza para llegar hasta el techo, quedándose así infecundas lo mismo que los restos de vegetación en un terreno que ha producido con exceso.

La horrenda tristeza que inspiraba semejante espectáculo procedía de una grandeza pasada tan creadora, que iba á parar á tal confesión de actual impotencia: Roma, que había llenado el mundo con sus monumentos indestructibles, no podía engendrar más que ruinas.

—¡Llegará un día en que se concluirán!—exclamó Pedro. Miróle Narciso con asombro.

—¿Para quién?

Y era la terrible respuesta. ¡Ah! ¡Aquellos quinientos ó seiscientos mil habitantes á los que se esperaba, cuya ida se soñó, á los que siempre se seguía esperando, ¿en dónde vivían á la hora presente, en qué campiñas ó en qué apartadas ciudades?

Si un gran entusiasmo patriótico fué el único que pudo esperar semejante población, en los primeros días de la conquista, habría sido preciso, á la sazón, estar completamente ciego, pero con extraña ceguera, para creer aun que iban á ir nunca.

El experimento estaba hecho al parecer; Roma se quedaba estacionaria, pues no se prevenían ninguna de las causas que podían doblar una población, ni los placeres que ofrecía, ni las ganancias de su comercio y de una industria que carecía, ni la intensa vida intelectual y social de que no parecía capaz. En todo caso se necesitarían años y más años.

Entonces, ¿cómo hacer para poblar esas casas concluidas y vacías que sólo esperaban á los inquilinos? ¿A qué terminar las casas que quedaron en estado de esqueleto desmigándose con el sol y con la lluvia? ¿Permanecerían indefinidamente así, unas descarnadas, abiertas á todos los vientos, otras cerradas, mudas como tumbas, y con la fealdad lamentable de su suciedad y abandono?

¡Qué testimonio más terrible, bajo el espléndido cielo! Los nuevos dueños de Roma habían emprendido mal camino, y si sabían lo que debían hacer, ¿tendrían valor para atreverse á deshacer lo que habían hecho antes?

Puesto que el millar de los millones que allí habían enterrado, parecía estar para siempre perdido, casi se desentaba que se presentase un Nerón de voluntad soberana y desmesurada que empuñase la antorcha y el pico, arrasándolo y arrasándolo todo en el nombre vengador de la raza y de la belleza.

—¡Ah!—exclamó Narciso.—Ahí están la *contessina* y el príncipe.

Benedetta había mandado detener el carruaje en una

encrucijada de desiertas calles y por esas largas vías, tan tranquilas, llenas de hierba, tan solitarias y tan apropiadas para los enamorados; se adelantó apoyándose en el brazo de Darío, encantándoles á ambos el paseo y no pensando siquiera en las tristezas que se proponían visitar.

—¡Ah! ¡Qué tiempo más hermoso!—exclamó Benedetta acercándose á los dos amigos.—¡Ved qué sol más suave! ¡Qué bueno es andar un poco á pie lo mismo que si se estuviese en el campo!

Darío fué el primero que dejó de reír al contemplar el sereno cielo azul y al experimentar la alegría de llevar á su prima del brazo.

—Es preciso, prima, que vayamos á visitar á esas buenas gentes—dijo—puesto que tienes la terquedad de ese capricho, que nos va á echar á perder toda la mañana... Vamos, es preciso que encuentre ahora el camino. Habéis de saber que no soy fuerte en eso de reconocer los lugares á que no me gusta ir.

Además, este barrio es imbécil con sus calles muertas, sus casas cerradas en las que no hay ni una sola cara de que uno pueda acordarse, ni una tienda en donde preguntar para seguir el buen camino. Creo que es por aquí... De todos modos seguidme, que ya veremos.

Y las cuatro encamináronse hacia la parte central del barrio que daba frente al Tíber, y en el que se empezaba á formar un núcleo de población. Los propietarios sacaban el partido que podían de las casas terminadas, alquilando los pisos á precios baratísimos y no se incomodaban si se retrasaba el pago.

Habíanse instalado allí y pagaban de tarde en tarde, empleados de la paga empeñada y familias de escasos recursos á los que costaba muy poco el alquiler.

Pero lo peor era que á consecuencia de la demolición del antiguo Ghetto y de las brechas que habían hecho para airear el Transtíbere, cayó sobre las casas sin concluir una verdadera nube de hordas de andrajosos, sin pan ni hogar y casi sin ropas, que las invadieron con sus sufrimientos y sus piojos.

Y fué preciso cerrar los ojos, tolerar aquella brutal toma de posesión, so pena de tener que permitir que toda

aquella espantosa miseria se presentase en plena vía pública.

A tan míseros como temibles huéspedes, era á los que habían ido á parar los grandes palacios soñados, los colosales caserones de cuatro ó cinco pisos, edificios en los que se penetraba por puertas monumentales con fachadas adornadas de estatuas y balcones esculpidos y sostenidos por grandes cariátides y que llegaban de un extremo á otro de la fachada.

Faltaba el maderamen de puertas y ventanas, y cada familia de desterrados hacía su elección cerrando los huecos con restos de tablas ó colgando en ella andrajos para evitar que pasase el aire, ocupando algún regío piso primero ó prefiriendo las habitaciones pequeñas para amontonarse á su gusto.

En los esculpidos balcones secábanse ropas interiores, asquerosas, adornando con su inmunda pobreza esas fachadas de aborto, abofeteadas en su orgullo. Un desgaste rápido y manchas sin número degradaban ya esas hermosas edificaciones blancas, rayándolas, salpicándolas con infames manchillas.

Por aquellos soberbios portales hechos para la regia salida de los carruajes, era un arroyo de ignominia lo que salía, formado por basuras y estiércol, cuyas mal olientes charcas corrompíanse en seguida y viciaban el aire en aquellas calles sin aceras ni empedrados.

En dos ocasiones distintas, Darío hizo retroceder á sus compañeros. Se extraviaba, y cada vez se ponía más sombrío.

—Había debido dirigirme hacia la izquierda; pero, ¿cómo queréis que lo sepa? ¿Es posible saber en dónde está uno en medio de semejante barrio?

Encontráronse con bandadas de chicuelos piojosos que se revolcaban entre el polvo y la basura. Tenían una suciedad asquerosa, iban casi desnudos con las tostadas carnes al descubierto, el pelo enmarañado como malezas ó matas de crin.

Circulaban por allí las mujeres con sórdidas faldas, despechugadas, con las camisas medio deshechas y dejando al descubierto los costados y senos lácios de burras cansadas de trabajar

Muchas, en pie, hablaban unas con otras, mientras que algunas otras, sentadas en restos de sillas viejas, y con las manos colocadas sobre las rodillas, permanecían en esa postura durante horas y horas enteras sin hacer nada. Hombres veíanse muy pocos, y si alguno había, estaba apartado, tendido boca abajo entre la hierba rojiza y durmiendo con pesado sueño al sol.

El olor que allí se percibía hacíase nauseabundo y era ese olor de la miseria sucia, del ganado humano abandonándose, embruteciéndose y viviendo en su grasa.

Y eso se agravó con las emanaciones de un pequeño é improvisado mercado que tuvieron que atravesar, en el que había frutas echadas á perder, verduras cocidas y fermentadas, fritos hechos con grasa rancia y asquerosa la víspera, y que pobres mujeres de no mejor aspecto que los compradores, vendían, teniéndolas colocadas en el suelo, en medio de la hambrienta codicia de un numeroso grupo de chiquillos desarrapados.

—¡En fin, no sé dónde es, querida!—exclamó el príncipe encarándose con su prima.—Sé razonable y puesto que has visto bastante, volvámonos al coche.

En realidad sufría, y, según la opinión manifestada por la misma Benedetta, no sabía sufrir. Parecíale monstruoso y el crimen de un imbécil, entristecer su vida con semejante paseo.

La vida estaba hecha para pasarla lo más ligera y buenamente que se pudiese bajo un cielo sereno.

Convenía únicamente distraerse con espectáculos agradables, cantos y bailes.

Y dominado por un egoísmo ingénuo, inspirábale horror lo feo, lo pobre, lo que era sufrimiento, hasta el punto de que sólo al verlo experimentaba un gran malestar, una especie de cansancio físico y moral.

Benedetta, que se estremecía lo mismo que su primo, quería sin embargo, mostrarse más animosa delante de Pedro.

Le miró y le vió tan interesado en aquello, tan apasionadamente dolorido, que no cedió en su esfuerzo para simpatizar con los humildes y los míseros.

—No, no podemos retroceder, Darío; es preciso quedar-

nos, puesto que estos señores, quieren verlo todo, ¿no es así?

—Sí—respondió Pedro—la Roma actual está aquí, y esto dice mucho más que todos los paseos clásicos á través de las ruinas y de los monumentos.

—Exageráis bastante, querido—declaró Narciso á su vez.—Lo único que os concedo es que esto sea interesante, muy interesante... Esas mujeres viejas, sobre todo. ¡Ah! ¡Qué expresión más extraordinaria la de esas buenas viejas!

En aquel momento no pudo Benedetta contener un grito de admiración satisfecha al ver ante ella á una joven de espléndida belleza.

—¡O che bellezza!

Y Darío, que la reconoció en seguida, dijo con el mismo embeleso:

¡Ah! Es la Pierina... Va á guiarnos.

Desde hacía un momento seguía Pierina al grupo sin permitirse acercarse á los que lo formaban. Fijábanse sus ardientes miradas en el príncipe, centelleándola los ojos con una alegría de esclava enamorada, y más tarde contemplaron á la *contessina*, pero sin cólera, con una especie de tierna sumisión, de dicha resignada al encontrarla también tan hermosa.

Y Pierina era, en realidad, tal cual el príncipe la había descrito, alta, fuerte, con garganta de diosa, verdadera reproducción de una estatua antigua, una Juno de veinte años con la barba un poco pronunciada, la boca y la nariz de una corrección perfecta y rasgados ojos de gacela y el rostro brillante como dorado por los rayos del sol, bajo el casco de abundosos cabellos negros.

—Entonces, ¿te encargas tú de guiarnos?—preguntó Benedetta familiar y cariñosamente, ya consolada de las fealdades vecinas, con la idea de que podían existir semejantes criaturas.

—¡Ah! ¡Sí, señora, en seguida!

Echó á correr delante de ellos, calzada con una especie de chancas sin tacón, vestida con una falda vieja de lana color marrón, que había tenido que lavar y remendar hacía poco. Adivinábase en ella ciertos cuidados de coquetaría, un deseo de limpieza que no había en los demás, á

no ser que fuese sencillamente su gran belleza que resplandecía sobre sus humildes ropas y la convertía en una diosa.

—¡Che bellezza! ¡Che bellezza!—repetía sin cansarse la *contessina* siguiéndola.—Es una delicia, Darío, el poder contemplar á esa muchacha.

—Bien sabía yo que habia de gustarte—respondió Darío con sencillez, halagándole el hallazgo y no hablando ya de marcharse, puesto que en adelante podía descansar la mirada, contemplando algo agradable.

Detrás de ellos seguía Pedro, maravillado también con tanta hermosura y escuchando las observaciones de Narciso, que le manifestaba los escrúpulos de su gusto, que estaba por lo raro y lo sutil.

—Sí, sí, sin duda es hermosa... sólo que ese tipo romano en el fondo no hay nada más pesado, sin alma, sin más allá... Bajo ese cutis no hay más que sangre, no hay nada celestial.

Detúvose Pierina y con un gesto señaló á su madre, sentada en una silla medio hundida delante de la elevada puerta de un palacio á medio concluir. Debía también haber sido hermosa aquella ruina de cuarenta años con sus ojos apagados por la miseria, la boca deformada, con los dientes negros, el rostro cortado por grandes arrugas lacias, el cuello enorme y caído, todo en ella era de repugnante suciedad, lo mismo su cabello gris despeinado, que caía en mechones desiguales, que su falda y camisola manchadas y rotas, dejando la carne al descubierto.

Con las dos manos sostenía sobre las rodillas un chiquitín, el último que había dado á luz. Le miraba como antiquilada y sin valor, con el aire de una bestia de carga resignada con su suerte, como madre que había hecho los hijos y los había amamantado sin saber por qué.

—¡Ah! ¡Bueno, bueno!—dijo levantando la cabeza.—Es el señor que vino á darme el escudo porque te encontró llorando. Y vuelve á vernos acompañado por sus amigos. ¡Bueno, bueno! Esto quiere decir que aún hay buenos corazones.

Contó entonces su historia, pero calmamente y sin tratar de conmover ni de inspirar lástima. Se llamaba Ja-

cinia y se había casado con un albañil, con Tomaso Gozoz, del que tuvo siete hijos, Pierina, después Titi, un mocetón de dieciocho años y cuatro muchachas más de dos en dos años y después otro chiquitín, el que tenía sobre las rodillas.

Durante muchísimo tiempo habían vivido en la misma casa, en el *Transtibere*, en un edificio que acababan de derribar. Y parecía que al mismo tiempo lo habían hecho también con su vida, porque desde que se refugiaron en los Prados del Castillo les perseguían todas las desgracias, les afligía la tremenda crisis de las construcciones que había dejado sin trabajo á Tomaso y á Tito, el reciente cierre de la fábrica de perlas en que trabajaba Pierina, ganando apenas un franco, con lo que había para no morir-se de hambre, y ahora, como no trabajaba nadie, la familia vivía á la casualidad.

—Si queréis subir, podéis hacerlo, señores; arriba encontraréis á Tomaso que está con su hermano Ambrogio al que hemos hecho venir á vivir á nuestro lado, y con seguridad que sabrán hablar mejor que nosotros y os dirán lo que hay que decir, ¿qué queréis hacerle? Tomaso descansa y hace como Tito, que duerme, que es lo mejor que puede hacer.

Señaló con la mano; tendido entre la hierba seca hallábase un mocetón de nariz fuerte, boca de expresión dura y que tenía los hermosos ojos de Pierina.

Se limitó á levantar la cabeza, inquietándole aquellas gentes.

Un pliegue huraño contrajo su frente cuando se fijó en el embeleso con que su hermana contemplaba al príncipe. Dejó caer otra vez la cabeza, pero no cerró los ojos y siguió acechándoles.

—Pierina, acompaña á esta señora y á estos señores, puesto que tienen empeño en subir.

Acercáronse otras mujeres arrastrando los pies desnudos dentro de las chancas; bandadas de chiquillos sucios y de chicuelas medio desnudas, entre las cuales, sin duda, se encontraban las cuatro de Jacinta.

Parecíanse todas de tal manera, con sus ojazos negros, sus oscuras cabelleras enmarañadas, que sólo sus madres

podían reconocerlas. Estaban al sol como en pululamiento, en un campamento de miseria, allí en medio de aquella calle de majestuoso desastre, orillada por palacios sin concluir y ya convertidos en ruinas.

Con mucha dulzura y sonriente ternura dijo á su primo:

—No, no subas... no quiero que te muevas, Darío mío, has sido muy amable viniendo hasta aquí; espéranos allí fuera, bajo ese hermoso sol, ya que el señor abate y el señor Habert me acompañan.

Echóse él también á reír; pero aceptó con muy buena voluntad y encendiendo un cigarrillo se puso á pasear muy despacio gozando de la dulzura del aire.

La Pierina entró con mucha viveza bajo el vasto pórtico de elevada bóveda adornado con un artesonado á rosetones y que tenía el suelo cubierto con un verdadero lecho de estiércol, y que en el vestibulo cubría por completo las losas de mármol que habían empezado á colocar. Seguía á esto la monumental escalera de piedra con balaustrada labrada y calada y cuyos escalones estaban rotos y manchados, con una espesura tal de inmundicia, que parecían negros.

En todas partes habían dejado las manos, negras y grises huellas. De las paredes, á las que faltaba el último revoco, salía una ignominia en vez de las pinturas y de los dorados que debían adornarlas y que aun estaban esperando.

Al llegar al primer piso, en el vasto descansillo detúvose Pierina y se contentó con vocear por el hueco de una gran puerta sin marco ni hojas.

—¡Padre! Aquí hay una señora y dos señores que quieren verte.

Volvióse después hacia la *contessina*, á la que dijo:

—En el fondo, la tercera sala.

Y se escabulló bajando la escalera más deprisa de lo que la había subido, corriendo en busca de su pasión.

Benedetta y sus compañeros atravesaron dos salones inmensos, con el suelo giboso aún y lleno de yeso y las ventanas abiertas sobre el vacío, hasta que al cabo llegaron á un tercer salón más pequeño, en el que habíase instalado toda la familia Gozzo, con los restos que la servían de muebles.

En el suelo y por encima de los tirantes de hierro de la bóveda, que aun no habían terminado, arrastrábanse cinco ó seis jergones leprosos comidos por el sudor.

En el centro había una gran mesa sólida aún y también se veían antiguas sillas rotas, descabaladas y compuestas con ayuda de cuerdas.

Pero el trabajo más grande consistió en cerrar de tres ventanas dos, con tablas, mientras que la tercera y la puerta estaban tapadas con viejas telas de colchón acibilladas con numerosas manchas y agujeros.

Tomaso, el albañil, se quedó sorprendido y parecía evidente que estaba acostumbrado á semejantes visitas de caridad.

Estaba sentado ante la mesa, con los dos codos sobre ésta, y la barba apoyada en las manos, descansando como había dicho su mujer Jacinta. Era un fuerte mocetón de cuarenta y cinco años, barbudo y cabelludo, la cara grande y larga de aspecto de senador romano, en medio de su miseria y de su ociosidad.

La presencia de dos extranjeros, á los que olfateó en seguida, hizo que se levantase con un brusco movimiento de desconfianza.

Sonrióse, sin embargo, en cuanto reconoció á Benedetta, y cuando ésta le habló de Darío, que se había quedado abajo, explicándole el caritativo objeto que allí les llevaba, dijo:

—Ya lo sé, ya lo sé, *contessina*... Sí, sé perfectamente quien sois, porque cuando vivía mi padre, fui con él á tapar una ventana al palacio Boccanera.

Con mucha complacencia se dejó interrogar y respondió á Pedro sorprendido, que si bien no eran dichosos, habríanlo pasado mejor y vivido con más desahogo á poder trabajar siquiera dos días á la semana, y en el fondo se comprendía que no se consideraba muy desgraciado al tenerse que apretar el vientre, desde el momento en que podía vivir á sus anchas y sin cansarse.

Se repetía siempre la historia de aquel cerrajero que llamado por un viajero para que le arreglase la cerradura de una maleta cuya llave habíase perdido, se negó rotundamente á ir, por no molestarse durante la hora de la siesta.

No pagaban inquilinato, pues lo que sobraban eran palacios vacíos abiertos para recibir á los infelices, y con algunos céntimos, habrían tenido lo suficiente para vivir, de tal modo se vivía sóbriamente y con pocas exigencias.

—¡Oh! Estad seguro, señor abate, de que en tiempo del papa todo iba mucho mejor... Mi padre, que era albañil, como yo, trabajó toda su vida en el Vaticano, y yo mismo, cuando trabajo algunos días, allí es donde gano el jornal... Para que lo sepáis todo, os diré que lo que nos echó á perder fueron esos diez años de grandes obras, en que uno no se separaba del andamio, y se ganaba lo que se quería.

Como es natural, se comía mejor y se vestía lo mismo y en fin, que no se privaba uno de nada, y por eso se hace ahora más duro el privarse... pero en tiempo del papa, señor abate, ¡si hubiéseis venido á vernos!

No había impuestos, todo se daba por nada y no había verdaderamente mas que vivir.

En ese instante oyóse un gruñido que salía de uno de los jergones colocado en la sombra de una de las ventanas cerradas, y el albañil siguió diciendo con su aire lento y tranquilo:

—Es mi hermano Ambrogio, que no es de mi opinión... El cuarenta y nueve estuvo con los republicanos, cuando no tenía más que catorce años, y no hace nada, y le trajimos aquí cuando supimos que se moría de hambre y de enfermedad en una cueva.

Sintieron entonces los visitantes un estremecimiento de compasión. Ambrogio tenía quince años más que Tomaso y á pesar de que apenas contaba sesenta años, ya no era más que una ruina, consumido por la fiebre, y arrastrándose sobre unas piernas tan enflaquecidas, que apenas le podían sostener, por lo que no prefería moverse de su jergón, pasando allí días enteros. Mucho más bajo que su hermano y más delgado y turbulento, habíase dedicado al oficio de carpintero. En medio de su decadencia física, conservaba una cabeza extraordinaria, una faz de apóstol y de pastor, de expresión trágica y noble, rodeada por el erizado bosque de pelo de la barba y cabellera.

—¡El papal! ¡El papal!—murmuró.—Jamás hablé mal de

él. Sin embargo, es culpa suya si la tiranía continúa. Sólo el papa el cuarenta y nueve pudo habernos dado la república y no habríamos llegado á este extremo.

Había conocido á Mazzini y conservaba la religiosidad vaga, el sueño de un papa republicano que al fin hiciese que reinase la paz y la libertad sobre la tierra. Pero, más tarde, su pasión por Garibaldi, al turbar esa concepción, le hizo juzgar en adelante indigno al papado é incapaz de trabajar en favor de la libertad humana. De manera que no sabía con certeza lo que quería luchando entre las quimeras de la juventud y la ruda experiencia de su vida. Aparte de esto, jamás había obrado mas que á impulsos de una emoción violenta y no le quedaba ya más que hermosas palabras, vagos é indeterminados deseos.

—Ambrogio, hermano mío—respondió tranquilamente Tomaso—el papa es siempre el papa y lo más prudente es ponerse á su lado, porque será siempre el papa, es decir, el más fuerte. Yo, mañana mismo, si pusiesen á votación el asunto, votaría siempre por el papa.

El anciano obrero no se apresuró á responder, toda la prudencia de la raza le calmó.

—Pues yo, Tomaso, votaría en contra, siempre en contra... y está bien seguro de que tendríamos mayoría. Eso de papa rey concluyó para siempre. Hasta el mismo Borghese se sublevaría; pero eso no quiere decir que no se deban poner de acuerdo con él para que la religión de todo el mundo sea respetada.

Escuchábales Pedro con mucho interés y se arriesgó á hacerles una pregunta:

—¿Hay muchos socialistas en Roma entre el pueblo?

Aquella vez la respuesta se hizo esperar mucho tiempo.

—Indudablemente que los hay, señor abate, algunos debe haber, pero muchos menos que en otras poblaciones... Todo eso no son más que novedades tras las que se van los impacientes, aunque sin entender gran cosa de eso... Nosotros, los viejos, estábamos por la libertad, y nunca fuimos partidarios ni del incendio ni de la matanza.

Y tuvo miedo de haber dicho demasiado delante de aquella señora y de los dos señores que la acompañaban y se puso á gemir tendiéndose sobre su jergón, mientras



que la *contessina*, un poco molestada por aquel olor infecto, se despedía después de haber dicho al abate Froment que era lo más acertado dar la limosna á la mujer.

Tomaso volvió á ocupar su asiento ante la mesa, apoyando la cabeza en las manos, saludando á sus visitantes y emocionándose tan poco á la llegada, como á la salida de éstos.

—Hasta la vista, y me alegro mucho de haberos podido servir para algo.

Al llegar al dintel de la puerta estalló el entusiasmo de Narciso, que se volvió para admirar la cabeza del anciano Ambrogio.

—¡Oh! ¡Qué obra maestra, querido abate! ¡He ahí la maravilla! ¡He ahí la belleza! ¡Cuánto más significación tiene eso, que el rostro insignificante de esa joven! Aquí estoy seguro de que el cebo del sexo no me inducirá á caer en tentación... No me conmueven ciertas cosas.

Y además, francamente, ¡qué infinito en esas arrugas, qué desconocido en el fondo de esos ojos apagados, qué misterio entre el erizamiento de la barba y del cabello! ¡Hace soñar con un profeta ó un Dios Padre!

En la calle continuaba Jacinta sentada en la silla medio hundida con su chiquitín atravesado sobre las rodillas, y á pocos pasos de allí, Pierina, en pie delante de Darío, le miraba cómo acababa de fumar su cigarrillo, con embeleso, como si estuviese encantada, mientras que Tito, tendido entre la hierba, como una fiera al acecho, no apartaba la mirada de ellos.

—¡Ah! Señora—dijo la madre con voz resignada y doliente—ya habréis visto que apenas se puede vivir ahí. Lo único que hay de bueno es que sobra sitio para todo. Aparte de eso, hay corrientes de aire por la tarde y por la mañana, capaces de matar á uno. Tengo además mucho miedo por estas criaturas por los muchos agujeros que hay.

Contó la historia de una pobre mujer que se equivocó una noche y creyendo salir por el pasillo, tomó una ventana por la puerta y cayó á la calle, estrellándose en ésta y quedando muerta en el acto. Una pobre niña se rompió los dos brazos al caer desde lo alto de una escalera que no tenía barandilla. Se podía morir cualquiera allí sin que nadie lo supiese y se pudiese enviar á recoger el cadáver,

La víspera habían encontrado en el fondo de una habitación y tendido sobre el yeso, el cadáver de un pobre anciano al que el hambre debía haber matado desde hacía más de una semana, y allí habría permanecido meses y meses á no haberlo advertido á los vecinos el olor infecto que salía de la habitación.

—¡Y si al menosuviésemos qué comer!—siguió diciendo Jacinta.—Cuando se cría y no se come, no se tiene leche, ¡esta criatura lo que está haciendo es chupándose la sangre!

Se incomoda, llora, y yo... ¿no es verdad? ¿qué le puedo hacer? Me echo á llorar, porque no es culpa mía si no encuentra nada.

Las lágrimas empañaron, efectivamente, sus ojos apagados. De pronto se apoderó de ella brusca cólera al observar que Tito no se había movido de la hierba, en la que continuaba tendido como una bestia al sol.

A ella no le pareció buena esa conducta tratándose de personas tan distinguidas, que sin duda iban á darla alguna limosna.

—¡Eh!... ¡Tito!... ¡Holgazán!... ¿Es que no puedes ponerte en pie cuando vienen á verte?

Al principio hizo como que no oía, pero al cabo se puso en pie aunque con aire malhumorado y Pedro, á quien le interesó, trató de hacerle hablar, del mismo modo que poco antes, y arriba, había interrogado al padre y al tío. No obtuvo más que respuestas breves, llenas de desconfianza y de enojo.

Puesto que no encontraba trabajo, lo mejor que podía hacer, era dormir. No era enfadándose como se cambiarían las cosas, y lo mejor sería vivir como se pudiese, sin aumentar el trabajo.

En cuanto á los socialistas, sí, podía ser que hubiese algunos, pero no los conocía. Y de su actitud de cansancio y de indiferencia, resultaba claramente que si el padre era partidario del papa y el tío de la república, al hijo le importaba todo muy poco.

Pedro halló al fin una especie de pueblo, ó mejor dicho, un pueblo adormecido, al que aun no ha despertado una democracia.

Pedro continuaba preguntando, y como quisiese saber su edad, á qué escuela había ido y en qué barrio había nacido, Tito cortó la conversación en seco, diciendo con acento grave y un dedo al aire señalando su pecho:

—*¡Lo son romano de Roma!*

Y en efecto, ¿con esto no respondía á todo? Sonrióse tristemente Pedro y se calló. Nunca había comprendido tanto como entonces, cuán grande era el orgullo de la raza, la lejana herencia de gloria tan pesada para aquellos hombres.

En aquel mozo degenerado, que apenas sabía leer y escribir revivía la vanidad soberana de los Césares. Aquel muerto de hambre conocía perfectamente su ciudad y habría podido recitar instintivamente su historia de tan hermosas páginas.

Eranle familiares los nombres de los grandes emperadores y de los grandes papas, ¿por qué trabajar después de haber sido los amos de la tierra? ¿Por qué no vivir en la nobleza y en la pereza, en la más hermosa de las ciudades, y bajo el más hermoso de los cielos?

—*¡Lo son romano de Roma!*

Benedetta deslizo su limosna en la mano de la madre y Pedro y Narciso, queriéndose asociar á aquella buena obra, hicieron lo mismo, y en cuanto á Darío, que se había reunido á su prima, tuvo una ocurrencia; deseoso de no olvidar á Pierina, á la que no se atrevía á ofrecer dinero, apoyó ligeramente la punta de los dedos en los labios y dijo sin exageración:

—*¡Para la belleza!*

Y realmente fué cosa dulce y hermosa ese beso así enviado, esa risa un poco burlona y ese príncipe que se familiarizaba con la muda adoración de la perlera, hermosa como en una historia de amor de otros tiempos.

Pierina enrojeció de placer, y perdiendo la cabeza, se arrojó sobre la mano de Darío, que cubrió de besos, pegando á ella sus cálidos labios con un movimiento irreflexivo, en el que entraban tanto el divino reconocimiento, como la ternura amorosa.

La mirada de Tito flameó de cólera, y cogiendo á su hermana bruscamente por la falda, la apartó de un empujón, gruñendo sordamente

—*Has de saber que te mataré y á él también.*

Era necesario alejarse cuanto antes de allí, porque habiendo olfateado otras mujeres la limosna, se acercaban tendiendo la mano ó azuzando á sus chicuelos, sucios y llorosos.

El miserable barrio de los edificios medio construídos y abandonados, se removi6, y un grito de angustia salió de aquellas calles muertas con lápidas de mármol, en que estaban inscritos nombres retumbantes. ¿Y qué hacer? No podían dar limosna á todos y no les quedaba más recurso que la huida, con el corazón henchido de tristeza ante la conclusión de que la caridad era impotente.

En cuanto Darío y Benedetta llegaron al carruaje, se apresuraron á ocupar sus asientos. Estrecháronse el uno contra el otro embelesados al librarse de aquella pesadilla.

Se consideraba, sin embargo, dichosa por haberse mostrado tan animosa delante de Pedro, y muy conmovida, estrechóle la mano como discípula, cuando Narciso declaró que no quería separarse del abate, al que quería llevar á almorzar al restaurant de la plaza de San Pedro, desde el que se gozaba de una gran vista del Vaticano.

—*Bebed vinillo blanco de Genzano*—les dijo Darío, que se había puesto muy alegre.—No hay nada mejor para desechar las ideas negras.

Mostróse Pedro insaciable en lo referente á detalles. Por el camino hizo muchas preguntas á Narciso acerca del pueblo romano, su vida, hábitos y costumbres. La instrucción era casi nula. No había tampoco ninguna industria, ni comercio con el exterior.

Los hombres se dedicaban á los oficios más usuales, cuyos servicios se necesitaban en la población.

Entre las mujeres, había las perleras, las bordadoras, las que se dedicaban á la fabricación del artículo religioso, y las medallas y los rosarios habían proporcionado siempre mucho trabajo á un cierto número de obreros, lo mismo que la fabricación de alhajas de la localidad.

En cuanto la mujer se casaba y llegaba á ser madre de esas nubes de chiquillos que crecían por milagro, trabajaba muy poco. En resumen, era una población que se de-